

y hechos de armas ». Pero Joinville, después de haber seguido su plan hasta el capítulo xvi, no tarda en mezclar, en una especie de relato familiar, los grandes hechos de la historia con sus impresiones personales; y los sucesos de su propia vida llenan los ciento cuarenta y nueve últimos capítulos de su libro.

Propone el cronista á nuestra admiración todas las raras virtudes de san Luis: su alma « llena de sabiduría y de lealtad », reflejaba la educación recibida y poseía una fe cándida, sencilla, dulce y ardiente al mismo tiempo. « ¿ Qué cosa es Dios? » pregunta un día á Joinville, que le responde: « Es una cosa tan buena que no puede haberla mejor. — En verdad, dice el rey, está muy bien respondido. » Habla de su sencillez de costumbres y de su mortificación, que le hacía beber cerveza en la cuaresma, — « y se veía por su gesto que no le gustaba », — de sus cuidados con los débiles y los desgraciados, con los leprosos á quienes visita, « dándoles de comer por su mano, preguntándoles si querían comer perdices ó gangas, echando vino en la copa y poniéndosela por sí mismo en la boca para darles de beber »; ocultándose de que le vieran los suyos, « mandando á los ujieres que hiciesen quedarse atrás á los que le acompañaban », lavando los pies á los pobres y diciendo á Joinville que se asombraba de ello: « No debéis desdeñar lo que hizo Dios para nuestra enseñanza »; — tenía tan grande amor á su pueblo que más que su título de rey le complacía el « ser dueño de los corazones » y decía á su hijo mayor « en una muy grave enfermedad que tuvo en Fontainebleau »: « Hijo mío, te ruego que te hagas amar del pueblo de tu reino; porque en verdad preferiría que viniese un escocés de Escocia y lo gobernase bien y lealmente á que tú lo gobernases mal é injustamente »; — ejercía la mayor autoridad moral sobre la corte « la sin igual », y el extranjero, con los reyes y emperadores, á quienes podía responder, como á Federico II: « El reino de Francia no se halla aún tan débil que se deje llevar por vuestras espuelas »; — tenía un sincero amor á la paz, como lo probó el haber puesto en vigor la *cuarentena del rey*, el *asseurement* y la abolición del duelo judicial; y un severo respeto á la justicia que le hacía vigilar con escrupuloso cuidado á los encargados de administrarla y atender él mismo las peticiones « recostado » contra la encina de Vincennes ó en su jardín de París. Tales son las virtudes, (y aún no se citan todas) de este príncipe « verdadero rey », con una altivez soberana que conserva hasta en el cautiverio, « verdadero santo » con todos los ardores de la fe y del apostolado, « verdadero caballero » en las batallas, y según testimonio contemporáneo, « verdadero hombre », igualmente « lleno de piedad que inflamado en el fuego de la caridad ».

San Luis hizo voto de cruzarse durante el curso de una grave enfermedad. Siguióle Joinville, sin atreverse á « volver los ojos á su morada

para que no se le enterneciese el corazón á la vista del hermoso castillo que dejaba y de sus dos hijos ». Embarcáronse en Aigues-Mortes, en el mes de agosto de 1248, y se hicieron á la vela « para servir á Dios; y el viento hinchó las velas y nos alejó de la tierra, hasta que sólo vimos cielo y agua, y con estas cosas, os demuestro que aquel es bien atrevido que osa ponerse en tal peligro en pecado mortal; porque se duerme uno por la noche y no sabe si se encontrará por la mañana en el fondo del mar ».

Llegaron á Chipre, donde estuvieron ocho meses, y recibieron embajadores tártaros con la esperanza de convertirlos al cristianismo. Levaron anclas en mayo de 1249, con mil ochocientos barcos grandes y pequeños con rumbo á Egipto. En Damietta, saltó San Luis de su barca « espada en mano » con el agua hasta los sobacos y todos le siguieron, rechazando al ejército musulmán que estaba en la playa. Apoderáronse de Damietta, pero perdieron cinco meses antes de marchar sobre el Cairo, hostigados por el enemigo que los cubría de fuego griego « que por delante parecía tan gordo como un tonel de agraz y la cola del fuego que partía de él era tan grande como un espadón. Hacía tal ruido que parecía que era el rayo del cielo y un dragón que volaba por los aires ». Y Joinville se postra « de codos y de rodillas » para hacer su oración. Emplearon los cruzados un mes en recorrer las diez leguas que los separaban de la ciudad de Mansurah. Un combate trabado en malas condiciones en dicha plaza y en el que tomó parte Joinville, moviéndose en todos sentidos, « herido en cinco sitios y su caballo en quince, acosando al enemigo que huía, cuando veía que hostigaban demasiado á los sargentos », costó la vida al conde de Artois, hermano de san Luis, que, al saber la noticia « esto es, que estaba en el paraíso, respondió que reverenciaba al señor por todo lo que le daba; y le caían por las mejillas muy gruesas lágrimas, cosa que causó la mayor angustia y compasión á muchos grandes personajes que lo presenciaron ». En esto se vió rodeado el ejército por los musulmanes y reducido á la mayor escasez. Declaróse la peste. « Tenía nuestra gente tanta carne muerta en las encías que convenía que los barberos los desembarazasen de ella para que pudiesen mascar la carne y tragarla. Daba gran compasión oír *rebuznar* en medio del ejército á la gente á quien se cortaba la carne muerta. » Se intentó una retirada sin éxito y Joinville quedó prisionero. Para librarse de la muerte, se hizo pasar como primo del rey; fijóse su rescate en ochocientas mil libras besantes. Dieron muerte á gran número de cristianos. Joinville estuvo muy enfermo y lo mismo su pobre capellán. Un día que éste cantaba la misa delante del senescal acostado, cuando llegó el sacerdote á la consagración, Joinville « le vió tan mal que parecía que iba á desmayarse ». El senescal se levantó y corrió á sostenerle, « y

así pudo acabar de celebrar su misa; pero ya no volvió á cantar y luego se murió ».

Al fin tuvo que rendirse san Luis. « El bondadoso y santo rey » supo inspirar, con sus mismas virtudes, tan gran respeto á los enemigos, que le dejaron libre á cambio de un fuerte rescate.

Una vez en libertad, Joinville y san Luis, con lo que quedaba de su gente, pasaron á Palestina donde, durante cuatro años intentaron restaurar la iglesia cristiana con su celo, recibiendo embajadas, y haciendo excursiones militares á san Juan de Acre y á Jafa, sin poder llegar á Jerusalén, « la Santa Ciudad ».

Joinville halló un día á san Luis bañado en lágrimas, porque acababa de saber la muerte de su madre. Hubo que volver á Francia. El viaje de regreso no se realizó sin accidentes, pues al pasar cerca de Chipre, la galera real tocó en una roca « que se llevó como tres toesas de la quilla ». Aconsejaban al rey que se trasladase á otro barco, pero no quiso hacerlo « prefiriendo poner en manos de Dios su cuerpo, su esposa y sus hijos antes que perjudicar á las quinientas personas del barco que se quedarían en Chipre por miedo de perder la vida y que jamás volverían á tener esperanza ni medios de volver á su país ».

Continuó la travesía después de reparado el navío y llegaron á Hyères, donde desembarcó el rey, aunque no era « su tierra ». Joinville le acompañó hasta Beaucaire y allí le dejó para volver á Champaña.

Los últimos capítulos del libro son un nuevo panegírico de san Luis en la forma y con el mismo espíritu de los quince primeros. Joinville nos hace asistir á la muerte del rey, cuyos detalles le comunicó el conde Pedro de Alençon, y á su canonización « gran honor para todos los de su linaje que quieran imitarle con sus buenas obras, y gran deshonra para aquellos de sus descendientes que quieran obrar mal; porque les señalarán con el dedo y se dirá que el santo rey, de quien descienden, no hubiera consentido en hacer tan mala acción ».

Las memorias de Joinville tienen un candor amable y una ingenuidad infantil. Escribe á los ochenta años, y no hay que olvidar que las puestas de sol tienen aún algo de las radiantes auroras. El relato lleva el sello de la sinceridad más absoluta y de la buena fe. Con la mayor naturalidad confiesa sus miedos y sus temblores. Hecho prisionero, « empecé, dice, á temblar como un azogado por el miedo que sentía y también por la enfermedad... ». No hay que reprocharle el que haya confundido ciertos detalles, pues los hechos se referían á más de cuarenta años atrás. El decir que el Nilo tiene su origen en el paraíso terrestre de donde trae el áloe, el ruibarbo, el genjibre y la canela, son cosas que no deben maravillar seiscientos años antes de Speke y Baker. ¿ Hay alguna inverosimilitud en que supusiera guardadas las fuentes de dicho río por leones, serpientes y elefantes? Reina un encanto delicioso en

aquellos maravillosos cuentos: el conquistador celeste que debía arruinar el poder del emperador de Persia, ó los armenios que, tocando sus trompas y dando peligrosos saltos, parecían oír « las voces de los cisnes que parten del estanque ».

Lo que importa es el relato de su cruzada con San Luis, y de todas las cosas que « vió y oyó ». En esto es inimitable. Cándido y de buen humor, tiene modos de decir llenos de simpatía, sin que le falte á su imaginación viva y ágil el don del colorido y de la riqueza. Nos hace sonreír, ya cuando responde alegremente á uno de sus criados que le ofrecía, para librarse del frío, un abrigo de pieles, cierta noche en que el barco amenazaba irse á pique, por haber tocado en un escollo: « ¿ De qué me sirve vuestro abrigo puesto que nos vamos á ahogar? » — ya cuando se lanza resueltamente á lo más recio de la batalla, repitiendo esta frase del conde de Soissons: « ¡ Por el gorro de Dios, se hablará largo tiempo de esta jornada entre las damas! ».

Si Joinville no posee las cualidades serias del historiador, ha aplicado á una página de historia las más brillantes cualidades del cuentista, en una especie de charla amable llena de buen humor, de emoción, de ternura y de ingenio. Si á veces resulta el cuento un poco pesado, el tono conserva siempre la gracia y jovialidad, sin jactancia ni falsa modestia, con una franqueza que agrada y una perfección de forma que anuncia á Froissart.

Antes de examinar la obra de Froissart, conviene recordar las *Grandes Crónicas de Francia* que, redactadas en un principio en latín, como se ha visto, por los monjes de Saint-Denis, se convirtieron hacia 1340, en anales del reino y, á partir de aquella fecha, fueron escritas en francés por seglares y presentan cierta originalidad, aunque su carácter oficial perjudique á veces á su sinceridad. No hay que olvidar tampoco la crónica llamada *De los cuatro primeros Valois* y, sobre todo, las *Verdaderas Crónicas* de un canónigo de Lieja, medio príncipe y medio hombre de Iglesia, Jean le Bel que, por sus elevadas relaciones, supo estar al corriente de los acontecimientos de Europa y hacer su relato á veces sospechoso, pero siempre lleno de viveza y colorido. Froissart le tuvo en cuenta, pues tomó, para el principio de su libro, mucho de las primeras páginas del de Jean le Bel.

Nació Juan Froissart en Valenciennes, hacia 1337, en la frontera misma de Flandes, lo cual explica la indiferencia que muestra entre Francia é Inglaterra. Si nos refiere con muy agradable complacencia su vida propia, nada nos dice acerca de su familia, en particular

de sus padres, porque no podemos fiarnos de unos versos alegóricos en los que llama á su padre Tomás y le presenta como pintor heráldico. Puede ser, aunque no hay ningún documento que lo indique ó demuestre, que descendiese de noble origen; es aristocrático por temperamento y no le agrada « la ribaldería ». Desde muy temprano era « muy aficionado á ver bailes y espectáculos », y á los doce años suspiraba por que llegase « el tiempo de amar por amor ». Unos amores que cantó en verso (rondeles, lais y virelais) y estuvieron á punto de costarle la vida tras una enfermedad de languidez. Á lo menos así lo asegura. Viajó para olvidar, pero no sería extraño que su viva imaginación inventase este motivo. Como lo dice en el prólogo, es probable que pasase antes de los veinticinco años á Inglaterra para presentar á la reina Felipa de Hainaut, esposa de Eduardo III, la historia de los cuatro años que siguieron á la batalla de Poitiers. Así se creó poderosos protectores. Fué su vida una continua peregrinación; primero acompañó al rey de Inglaterra, y después viajó, según su capricho, por Escocia y Francia, donde le encontramos hacia 1367, siendo comensal del príncipe de Gales. Éste se hallaba en Burdeos y, habiendo tenido un hijo, dijo á nuestro cronista: « Froissart, escribid y consignad en las memorias que la señora princesa ha dado á luz un hermoso niño, que ha venido al mundo en día de rey, y que también será rey, pues su padre es rey de Galicia y por esta razón será también rey ». Después de un breve regreso á Inglaterra, pasa á Italia con el duque de Clarence que iba á desposarse con una hija del duque de Milán. Conoció de esta suerte Froissart á Chaucer, que formaba parte del cortejo, á Petrarca, al emperador de Constantinopla, Juan Paleólogo y al papa Urbano V.

Á la muerte de la reina Felipa en 1369, volvió á Valenciennes, pero tomando el camino más largo, el de Alemania, país que no había visitado aún. Desdeñó á sus amigos de Inglaterra y se creó nuevos protectores entre los condes y príncipes franceses ó aliados de Francia. Al mismo tiempo, rehizo sobre plan más vasto el primer libro de estas historias, cuyas primicias había ofrecido á la reina de Inglaterra. Hallándose falto de dinero, porque, aunque había ganado bastante, « sabía perfectamente desembarazarse de él », debió al favor del conde de Blois el beneficio del curato de Estinnes-au-Mont, que le sacó de apuros. Pasaron diez años, de 1373 á 1383, durante los cuales sólo pensó en sus historias, en la poesía y alguna vez en su curato. Provisto de la canongía de Chimay, gracias igualmente al conde de Blois que le tomó como capellán, acompañó á su señor en sus diversos viajes á través de Francia, al país de Berry, á Aquitania, á Auvernia, á Flandes, á la tierra de Blois, al condado de Foix, y sobre todo al Bearn, donde pasó horas muy felices como lo atestigua al principio de su libro tercero. Reanudó luego sus peregrinaciones; á París, á Crève-Coeur en

Cambrésis, á Valenciennes, á Holanda, al Langüedoc y á Zelanda; durante dos años se ocupa en poner en orden los materiales que ha reunido, y vuelve á Inglaterra, donde no había estado desde hacía veintiseis años. Ofrece á Ricardo II, á quien vió nacer en Burdeos, sus obras poéticas, ricamente copiadas, « y dispuestas agradablemente, iluminadas, escritas, historiadas, encuadernadas con terciopelo rojo, con diez clavos de plata dorada, con rosas de oro en medio, y con dos grandes manecillas doradas y ricamente labradas en medio, de rosales de oro ». Detúvose tres meses en su corte Ricardo II; después tuvo que volver en seguida á Chimay. « Al despedirme, refiere, me hizo entregar por medio de uno de sus caballeros llamado Juan Bouloufre, un vaso de plata dorada con oro fino y que pesaba más de dos marcos, y dentro había cien nobles de oro, con lo cual valí más mientras viví; y tengo obligación de rogar por él, sintiendo vivamente el anunciar su muerte. »

Había pasado Froissart por entonces de los sesenta años. Vuelto á Chimay en 1395, murió hacia 1410, y fué sepultado en la iglesia de Santa Monegunda, después de terminar las cuatro partes de la obra magna á que había consagrado los últimos años de su vida y después de haber recorrido el mundo para reunir documentos.

Froissart fué muy aficionado á los viajes y á la conversación. Después de Herodoto, tuvo lo que se ha llamado más tarde la vocación del « gran reportaje ».

Por dondequiera que pasó, tomó informes, trabando conversación con la gente, á la que hacía hablar con habilidad, « solicitando informes de los antiguos caballeros y escuderos que habían tomado parte en hechos de armas, y de algunos heraldos dignos de crédito para comprobar y justificar toda materia », no pudiendo permanecer « ocioso », y ávido de « conocer la verdad de lejanos sucesos ».

Mientras tuve, á Dios gracias, memoria, sentido, y buen recuerdo de muchas cosas pasadas, entendimiento claro y agudo para concebir los hechos de que pudiera tener informes, relativos á mi materia principal, y edad, robustez y miembros para pasar trabajo, no pensé un momento en dejar de proseguir mi tarea.

Este conjunto de historias, de anécdotas, de « caballerías », forma un todo que no es fácil analizar. Consta de diversos manuscritos y el hilo del relato va serpenteando á través de episodios intercalados. Junto á graves acontecimientos, apenas esbozados, hay hechos menudos detallados con gran abundancia. Las *Crónicas de Francia, de Inglaterra, de España, de Bretaña, de Gascuña, de Flandes y lugares circunvecinos*, no presentan un amplio y hermoso conjunto cuyos detalles puedan fijarse.

Sobre poco más ó menos, todas estas « honrosas empresas, nobles aventuras y hechos de armas » gravitan alrededor de la guerra de los Cien años. La obra está dividida en cuatro libros.

Comprende el primero de 1325 á 1378 : advenimiento de Eduardo III al trono de Inglaterra, á consecuencia de una revolución de familia ; su guerra contra Escocia ; advenimiento de Felipe de Valois y su guerra contra los flamencos ; pretensiones de Eduardo á la corona de Francia por consejo de Roberto de Artois, y alianzas que pretende con los Países Bajos, donde Santiago Artvelt « que había sido negociante en miel... había llegado á tan gran fortuna y favor que en toda Flandes no se hacía sino lo que él quería y mandaba » ; primeras hostilidades motivadas por la rivalidad de la casas de Blois y de Montfort en Bretaña ; conquista de la Guiena y de la Normandía por Eduardo III ; batalla de Crécy, á consecuencia de la cual el rey de Francia se refugió de noche y casi solo en el castillo de la Broye : « ¿ Quién llama á estas horas? pregunta el castellano. — Abrid, abrid, es el infortunado rey de Francia, responde Felipe » ; sitio de Calais, abnegación de los burgueses de la ciudad y de Eustaquio de Saint-Pierre, á quienes salva la vida la intercesión de la reina de Inglaterra ; reinado de Juan el Bueno y jornada heroica de Poitiers, relato épico y grandioso ; el rey Juan, « hallándose en gran apretura », se ve obligado á rendirse, « entregando su guante derecho » á Dionisio de Morbecque que lo entrega á su vez al príncipe de Gales, su primo ; devastación del país de Francia por la Jaquería y las Grandes Compañías ; advenimiento de Calos V « el rey malo » al decir de Eduardo III, pero que, gracias á Duguesclín, desembarazó casi por completo de ingleses el territorio francés ; muerte del rey de Inglaterra ; campaña bastante confusa en las costas británicas y en diversos puntos de Francia ; — tal es el resumen del primer libro de Froissart, que es el más importante, tanto por su longitud como por los hechos que refiere.

Empieza el libro siguiente con los últimos meses del reinado de Carlos V que no tarda en morir después de Duguesclín, y confía el reino á sus hermanos, al mismo tiempo que á su hijo niño. Exacciones de los príncipes regentes, después de la muerte de Carlos V, sublevación de los Maillotins en Francia, análogas escenas en Inglaterra donde reina un rey menor de edad, Ricardo II, á quien desafían los siervos, mientras sus tíos guerrear en Escocia y Portugal ; desavenencias entre la nobleza francesa y Flandes, y batalla de Rosebecque ; rivalidades de los príncipes en España y Portugal ; — tal es el segundo libro.

El viaje de Froissart al Bearne, á la corte de Gastón Phœbus, á

quien halla « excelente y perfecto », y unas escenas de corte, referidas con inimitable gracia, empiezan el libro tercero, que continúa con los acontecimientos de España, sitio de Lisboa, batalla de Aljubarrota, independencia de Portugal, y preparativos de desembarco en Inglaterra, por los caballeros y escuderos franceses que decían : « Ahora iremos contra esos malditos ingleses que han causado tantos daños y persecuciones en Francia. De paso vengaremos en ellos á nuestros padres, hermanos y parientes á quienes mataron y arruinaron. »

El cuarto libro comprende la entrada solemne de Isabel de Baviera en París, y las fiestas que se celebraron en todas partes, con gran satisfacción de Froissart, y termina con los relatos más trágicos : desastrosa cruzada de la nobleza francesa en Berbería ; hazañas de bandidos y también de diversos señores que estaban en guerra ; asesinato de Pedro de Craón ; viaje de Carlos VI á Bretaña y su locura ; rivalidad de los tíos del rey sometido á tutela ; en Inglaterra, revolución que destrona á Ricardo II, el cual es asesinado y reemplazado por Enrique de Lancáster.

Aquí termina Froissart sus crónicas. Aunque cuidó de viajar y correr en busca de informes y noticias, no disimula lo que puede haber en sus historias sujeto á duda ; siempre que se trata de algo que él no ha presenciado, previene al lector diciendo que lo sabe de oídas. Si, en ciertos asuntos, ha obtenido rica colección de documentos, hay otros que no están en igual caso. Peca á la vez por excesiva credulidad, — léase su cuento de los osos que hablan, — y por omisión. Se equivoca en las fechas y en los nombres de lugares y personas.

Enamorado de cuanto se refiere á la « caballería » no posee el sentido de la humanidad ni el de la justicia y se cuida muy poco de las miserias del pueblo que fueron muy grandes. La Jaquería, Esteban Marcel y los Estados Generales le preocupan muy poco.

Carece de patriotismo y de sentido moral. Es un inconsciente á quien atrae todo lo que brilla, aunque sea el vicio.

Sólo queda el mérito literario.

Prolijo hablador, trovero extraviado de la Historia, refiere con facundo abandono que encanta por la candidez y por la variedad de acento, ya elevado, ya grave, ya melancólico, ya tierno, según el asunto de que trata, pues se interesa mucho en sus relatos. Sus personajes tienen vida, ademanes y hablan como conviene. Injurias, invectivas, palabras solemnes, exclamaciones, todo lo reproduce Froissart con realidad, como cuentista admirable y pintor más admirable aún por su colorido y brillo. Combates en que se oyen el rumor de los cañones, los gritos de los hombres que caen ensangrentados en la tierra que « enrojecen » con su sangre ; fiestas de corte, torneos, hechos de armas y sitios suministran á su pluma materia para trazar evocadoras